

Ha llegado la hora de cambiar de modelo

Sharan Burrow

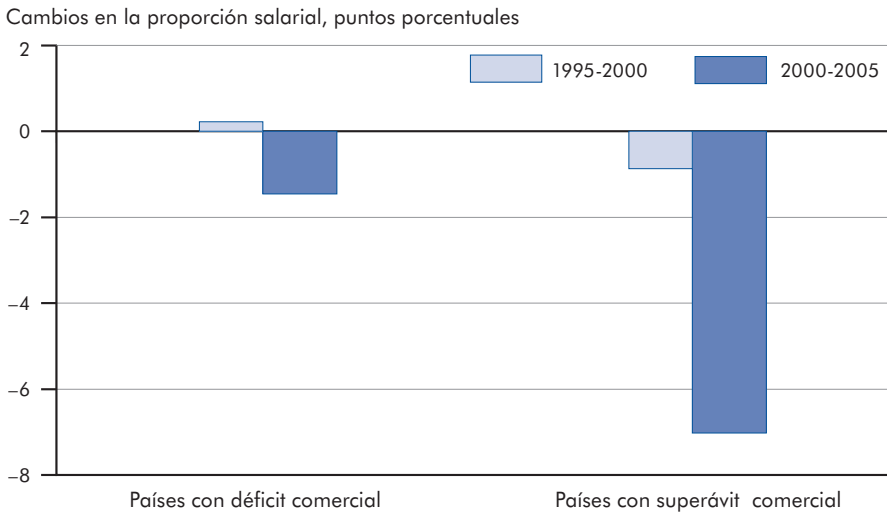
Vivimos tiempos que despiertan sentimientos de ira. El mundo apenas se está recuperando de la crisis más grave acontecida en un siglo, cuando vemos resurgir con fuerza las políticas y mentalidades mismas que, para empezar, provocaron el problema. De hecho, con la implantación de políticas peligrosamente imprudentes la economía mundial corre el riesgo de recaer en la crisis. Las valientes palabras de reforma de los dirigentes mundiales pronunciadas en las reuniones de los G-20 de 2009 hace tiempo que han caído en el olvido y han sido sustituidas por el viejo dogma de la consolidación fiscal y por llamamientos para abordar sus «principios fundamentales».

Vemos resurgir con fuerza las políticas y mentalidades mismas que, para empezar, provocaron el problema

Así pues, el mundo se precipita hacia una ronda contraproducente de «austeridad competitiva» en la que todos quieren librar a su país de la austeridad a través de un crecimiento dirigido por las exportaciones. Se trata de una estrategia que puede haber funcionado un cierto tiempo, pero aquellos días han quedado atrás: a escala mundial, el consumo impulsado por los créditos en unos pocos países clave ya no puede compensar la falta de consumo impulsado por los salarios a escala mundial.

Es un hecho que la fragilidad del crecimiento de los salarios ha sido una de las principales causas de la crisis. Pero no es ninguna sorpresa: la mundialización ha traído consigo una desconexión cada vez mayor entre crecimiento de los salarios y productividad. Mientras que hasta principios de los años ochenta la remuneración de los trabajadores aumentaba en paralelo a la productividad, las políticas monetarias excesivamente restrictivas, la liberalización del comercio, la desregulación del mercado de trabajo y las estrategias de los empleadores aplicadas desde entonces han contribuido a debilitar este vínculo. Hoy las consecuencias están bien documentadas: la proporción de ingresos de la mano de obra ha caído en la mayoría de los países y el consumo se ha mantenido en gran medida gracias al crédito.

Gráfico 1. Evolución de la participación de los salarios, 1995-2005



Fuente: OIT: *World of Work Report 2010*.

Lo que es peor es que desde el decenio de 1990 la reducción de los ingresos de la mano de obra ha sido muy acusada en países con superávit comercial (véase el gráfico 1). En otras palabras, los que han salido ganando en el nuevo orden mundial de comercio no han compartido los beneficios con su fuerza de trabajo. Esto puede resultar rentable para algunas empresas a título individual, pero es nefasto para el crecimiento y la prosperidad generales. En definitiva, es insostenible.

Con un desempleo y una deuda de los hogares que siguen siendo elevados en algunos territorios clave del mundo (Estados Unidos y Europa incluidos), y unos gobiernos que aplican políticas de austeridad contraproducentes, es más urgente que nunca garantizar que los trabajadores obtengan lo que les corresponde. Más que una cuestión moral, es la única manera de salir del actual embrollo macroeconómico.

Necesitamos un cambio fundamental de modelo. En primer lugar, el empleo y el trabajo decente ya no pueden seguir siendo un mero subproducto de las políticas económicas concebidas con el fin de desplegar la alfombra roja a los inversores. El pleno empleo debe convertirse de nuevo en el objetivo central de la política económica, y los gobiernos deberían utilizar todos sus recursos – fiscales, monetarios, normativos e industriales – para lograrlo. Al mismo tiempo necesitamos políticas activas destinadas a mejorar la capacidad de los trabajadores para participar en negociaciones colectivas con objeto de vincular de nuevo los salarios al crecimiento de la productividad.

Para todo ello necesitaremos unas reglas del juego nuevas en el plano internacional. Tal y como está, el sistema económico y financiero internacional actual ha favorecido a especuladores y evasores de impuestos, promovido la inestabilidad y situado la carga del ajuste económico en los colectivos que ya pasaban por tiempos difíciles. Como resultado, la suerte de sociedades enteras no ha mejorado demasiado en los últimos treinta años. Esto debe cambiar.

En primer lugar, necesitamos una reforma del sistema monetario para garantizar que el ajuste no se logra principalmente a través de la deflación en los países deficitarios, sino mediante la «reactivación» de los países con superávit. De este modo, el sistema garantizaría que el ajuste conduce a más crecimiento para todos, no a más contracciones de los salarios y los precios. La idea no es nueva, el primero en proponerla, ya en 1944, fue J.M. Keynes, y recientemente ha despertado un interés renovado. Este sistema tal vez conllevaría controles de capital de algún tipo, pero serían menos perjudiciales que los efectos de la inestabilidad.

En segundo lugar, necesitamos nuevas reglamentaciones en relación con los paraísos fiscales, así como para los impuestos sobre la renta y sobre el patrimonio. El control del fraude fiscal y la competencia fiscal deben ser prioridades de política. En unos tiempos en que al trabajador medio se le pide que cargue con los costos que resultan de la aplicación de los planes de rescate para el sistema financiero, lo menos que se puede pedir es que todo el mundo participe en la medida que le corresponda. Eliminar estos vacíos legales no es tan complicado como puedan decir algunos, y con ello se obtendrían recursos muy necesarios para las arcas fiscales. En la misma línea, el establecimiento de un impuesto para las transacciones financieras internacionales con objeto de captar nuevos recursos facilitaría en gran medida a los gobiernos con dificultades financieras la financiación del aumento necesario de la asistencia oficial para el desarrollo para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), así como los costos para mitigar el cambio climático. Se calcula que, sólo para los Estados Unidos, con un impuesto de estas características se recaudarían como mínimo alrededor de 170.000 millones de dólares, el equivalente a la totalidad de la financiación del programa de los ODM.

Por último, aunque no por ello menos importante, necesitamos un interés renovado en el fortalecimiento y el respeto de las normas del trabajo por parte de todos. Cuando se trata de derechos laborales, el mundo se enfrenta al problema clásico del «aprovechado». Ahora más que nunca, es fundamental garantizar un piso social básico a escala internacional, que todos los países se comprometan a respetar las normas fundamentales y que la ventaja competitiva no se obtenga a costa de la sobreexplotación de los trabajadores. Si de verdad

es cierto que «el trabajo no es una mercancía», el modo en que alcancemos la prosperidad económica es tan importante como la meta en sí.

Ninguna de estas ideas es especialmente radical. Las aleja de la ortodoxia habitual el que en ellas se destaque la importancia de las necesidades y aspiraciones de los trabajadores, y el que definan de forma pragmática una vía directa hacia el desarrollo económico.

La experiencia de los tres últimos años muestra que el alejamiento de la ortodoxia económica es viable en aquellas ocasiones en que el «establishment»

*Mirando hacia atrás,
el breve flirteo con el
keynesianismo cuando
el sistema financiero estaba
al borde del abismo sólo
duró lo que era preciso para
salvar a los bancos*

pasa por experiencias críticas, pero que no tiene un efecto duradero. Mirando hacia atrás, el breve flirteo con el keynesianismo cuando el sistema financiero estaba al borde del abismo sólo duró lo que era preciso para salvar a los bancos.

Si durante la crisis las organizaciones de trabajadores podían haber previsto que había dado comienzo una nueva era de diálogo, está claro que el momento ha pasado. Nuestros interlocutores sociales se han ido del restaurante y nos han dejado con la factura: austeridad, aumento de los impuestos, concesiones salariales, mayor precariedad, contracción del sector público, recortes en las pensiones públicas, etcétera.

Si gran parte de la solución a nuestro problema es internacional, los sindicalistas tendrán que encontrar modos de ejercer su poder y su influencia a escala internacional mientras hacemos frente a las consecuencias de la crisis. Tanto las encuestas de opinión como la ola de huelgas y protestas que viven muchos países muestran el creciente descontento por las soluciones de política parciales y con poca visión de futuro.

En tiempos de ira, no es el momento de actuar como si no hubiese pasado nada.